

Una muy dulce laxitud invade
nuestro organismo todo, y reposamos
entornados los ojos, con el alma
navegando en lo azul hacia el Ensueño.
Sentimos que unos labios van errantes
besando nuestro rostro, nuestras sienas...
y sentimos que brazos femeniles
rodean nuestro cuello cariñosos.
Dejamos de soñar... para abismarnos
en la gloria de ir besando lentamente
la comba de una frente nacarada,
la seda de unos párpados cerrados...
y la flor aromosa de una boca
que nos vuelve los besos y suspira.
Y siguen nuestros labios, ya febriles,
acariciando una garganta tersa,
la carne blanca y suave de unos hombros...
por venir á posarse tembladores
en los rosa botones de los senos.
Y nuestra amada estremecida toda,
vibrante cual las cuerdas de una lira,
contra su pecho níveo nos sujeta
en un estrecho, poderoso abrazo.
Y cuando al fin su boca viene ardiente
buscando la caricia de la nuestra,
¡oh instantes de la dicha agobiadora
en que sentimos plenitud de vida!
embriagados de amores y deseo,
murmurando con voz entrecortada
esas frases pueriles y benditas
que en los labios amantes siempre juegan,
de nuevo nuestros seres abismamos
en el supremo, divinal deleíte.

Agustín GINÉS.

Santa Elena, 1908.